

TINA

Hay veces que te ocurren hechos increíbles, hechos que por mucho que lo pienses no aciertas a saber cómo han podido suceder así. Otras veces te ocurren cosas increíbles que si te pones a pensar no lo son tanto, llegando a la conclusión que te han sucedido porque tú estabas ahí y tenían que suceder así. Esta es la historia de mi gata Tina.

Tina, supongo, tendría una historia anterior porque no nació en la majhá de Tío Juan Cambero, pero nació para estar conmigo.

Una mañana del verano de 2013, dedicado a la construcción de mi segundo chozo, el chozo de aperos, y la normalidad de las 7 horas al abrir el candado de la portera que en esta ocasión no lo pude hacer porque había cogido la lleve equivocada, o sea, que tuve que saltar la portera para coger la llave escondida de los olvidos. Al abrir el chozo almacén oí un leve maullido de gato.

Un visitante sin permiso –me dije-.

Miré por los pocos sitios que podía mirar y no lo encontré. Al maullar por segunda vez, me percaté que el sonido venía del interior del generador.

¡Un gato famélico!...

En un principio y a simple vista no me hizo ni fu ni fa, pero cuando comenzó a dar vueltas por el interior del chozo le dije:

Pobrecito (aún no sabía que era gata), el hambre que habrás pasado.

Era un esqueleto viviente, con los pelos de punta y que cuando se paraba, se rascaba comido por las pulgas.

¿Pero cómo has llegado tú hasta aquí?

Sacamos los bártulos de trabajo y él salió escopetado por la gatera que hice en la pared. Ya con las primeras paletadas de cemento y poniendo las primeras piedras hacíamos cábalas mi ayudante y yo. “¿De dónde habrá venido?, del vecino, alguien lo ha abandonado, soltado”...

Era un rumrum hasta que le comenté: *¿y por qué no me voy a quedar con él si ha venido voluntario?*

Se me juntaron dos cosas, la anterior y lo famélico que estaba.

A lo que iba, al hilo de las primeras líneas. La tarde anterior, le había dejado la lleve del candado a mi esposa y por la mañana se la saqué de su llavero pero como estaba oscuro saqué la de casa; primer signo de premonición gatuno. Ella como se da un paseo en bici por las mañanas no pudo cerrar la casa y se fue a la majhá, la segunda premonición gatuna.

¿A qué vienes tan temprano? –la pregunté extrañado ya que era la primera vez que iba a esas horas-.

Has cogido de mi llavero la lleve equivocada.

¿Sabes que ya tengo un visitante? –me presté ufano-.

¿Quién?

Un gato famélico, un saco de huesos y pellejos. ¿Por qué no vas a por un poco de leche a ver si se queda por aquí?

Que no –me respondió con la boca pequeña-.

Yo insistí tocando ese punto flaco que tiene para con los demás. Total, que bajó con la bici y volvió con una mini botella de leche, un poco de pan y una bandeja de poliespan; ni yo lo hubiera hecho mejor. Le echó de comer y a esperar acontecimientos.

Por la tarde, al abrir el chozo observé con satisfacción que la bandeja no solamente había quedado limpia, sino que la había mordido pensando que era comestible. Pero allí no había nadie.

Ahora la pregunta era bien sencilla, ¿dónde estaba el gato? La respuesta no tanto pero tampoco difícil de adivinar, no debía estar muy lejos.

Me di una vuelta levantando piedras, ramas secas, etc.; al levantar unas chapas se me quedó mirando su carita redondita a la vez que emitió un leve maullido.

Mis mis, gatito –le dije–. Me miró un par de segundos y emprendió carrera hacia la gatera del chozo.

Solo con verla correr se me partió al alma. Desnutrida, un saco de huesos andante, ¿pero qué le han hecho a esta pobrecita?

Entró dentro y le tapé la gatera. Ya en el interior le eché un poco de leche y me alejé para dejarla comer. Sus primeras fotos.





Ya la tenía dentro, ahora tocaba saber si era macho o hembra y para después ponerle un nombre. La tenía que coger y acariciarla para que supiera que se podía quedar conmigo, porque no veáis lo arisca que se encontraba.

Bien sé que con los gatos hay que tener cuidado, sobre todo si los quieres coger cuando ellos dicen no, de manera que me puse los guantes de trabajar el cemento, no los de cuero amarillos que son más fuertes.

Terminó de comer e intenté acercarme muy despacito, pero siempre ocurría lo mismo, no se dejaba coger. Vueltas y más vueltas por el interior del chozo y yo detrás, hizo un intento de salirse por una de las ventanas, la más baja, pero sus fuerzas eran mínimas. Al final la cogí por atrás, se rodeó y me clavó sus dos colmillos en un dedo de la mano. Con la otra mano le agarré la cabeza, pero al soltársela para quitarme el guante y comenzar a acariciarla, esta vez me clavó las garras en la mano izquierda. El dolor era agudo pero las ganas de que se quedara conmigo eran mayores.

Como si lo estuviera deseando, fue tocarla sin el guante y comenzó a ronronear como una gatita; porque observé que era gata.

Me quité el otro guante con ayuda de mis dientes y ya con las dos manos perdió todo el miedo. Le ponía las manos en alto y ella sola venía a frotarse, nunca dejando de ronronear.



No sé el tiempo que estuve haciéndole caricias, de lo que sí me percaté fue que el sol se estaba poniendo y tenía que marcharme. La dejé un poco de comida, cerré el chozo y abrí la gatera.



A la mañana siguiente, al entrar, observo que se lo ha comido todo pero no estaba. Al terminar la jornada de trabajo la volvía buscar y ella lista como el hambre que había pasado, estaba refugiada en otro sitio. Salió de allí y corrió al chozo, ¡a cerrar la gatera!

Por la tarde la misma historia, a ganarme su confianza con caricias que tenían como respuesta su lindo e incesante ronroneo. Abobado estaba yo, como un niño chico con su juguete nuevo, pero esta vez de carne y hueso, que se le olvida a la gente. Muchas preguntas le hice esa tarde, pero ella solamente me respondía con miradas y ronroneos. Tenía que ponerle un nombre. Decía un nombre tras otro, *este no me gusta, este suena mal, este es de raro...* hasta que dije Tina y me miró. ¡Oye tú! Que se me puso la carne de gallina.



Ya había preguntado a mi vecino Carlos si había echado de menos una gata de un mes, me dijo que no. Me tocaba preguntárselo a Tina por enésima vez, es muy difícil para mí imaginar o saber cómo pudo llegar a la majhá, lejos de toda civilización.

Todo eran cábalas y suposiciones. Quizás la que más fuerza tomó fue que alguien cansado de ella la soltó en una carretera relativamente próxima y Tina en un acto de supervivencia caminó hasta el chozo, se refugió allí con el convencimiento que yo iba a estar.



En estos momentos estoy convencido que toda esta historia tenía un guion escrito y se ha cumplido. Abandonada, aparecer en un estado lamentable, en un estado de lo más famélico que he visto hasta hoy, coger yo la llave equivocada, ir mi esposa por la mañana a la majhá cuando nunca lo había hecho, hacerla ir y volver con comida para que Tina viera que allí tenía un hogar, mis cuidados para que se sintiera cómoda... ¿Y todo a cambio de qué?, de un maravilloso e incesante ronroneo cuando la acaricio. Hoy, una semana después de verla por primera vez, esta es mi maravillosa gatita.



...ha pasado mes y medio y Tina es la dueña de la majhá de Tío Juan Cambero, no os hacéis una idea de cómo domina el territorio. Lo más agradable son sus subidas a la pared del chozo en construcción. Comenzamos a trabajar antes de la salida del sol,

porque no olvidemos que estamos en tierra de alacranes y chicharras y las mañanas son un poco fresquitas. Al verme subir al andamio para poner las primeras piedras, rauda como el viento trepa por un tablón a la primera altura del muro y de aquí hasta donde yo estoy, se acurruca y espera a que los primeros rayos del sol calienten su sedoso cuerpo. Es tan lista la condenada que sabe donde no tiene que ponerse para no molestarme.

Si por una casualidad veis en el chozo alguna piedra mal puesta, fue debido a que la miraba a ella en vez de colocar bien la piedra. ¡Menos mal que no tengo patrón!

Por estas fechas y todas las piedras puestas, se me presenta una disyuntiva: dejarla allí y tener que ir casi todos los días o traérmela a casa.

La mejor opción ha sido traérmela a casa, pero desde el punto de vista de evitarme visitas diarias a la majhá, porque desde otro punto de vista... he metido en casa un terremoto. Este terremoto.



31/10/2013